



## Capítulo 199 - Vergil Kennedy ya no existe

Vergil flotaba en el aire, absorto en sus pensamientos mientras flotaba sobre el Empire State Building de Nueva York. La ciudad parecía pequeña y distante, pero, extrañamente, no pudo evitar preguntarse: "¿Por qué estoy aquí?". No había ninguna razón aparente para su presencia, solo una vaga curiosidad, un instinto que lo impulsaba a quedarse. La ciudad vibrante y vibrante que lo rodeaba era, en cierto sentido, solo un telón de fondo para la agitación que se desataba en su mente.

De repente, con una sonrisa sarcástica, se volvió hacia el vacío que tenía delante y habló, como si se dirigiera a alguien que lo observaba, aunque, para cualquier observador, parecía estar hablando consigo mismo.

"Tu existencia es impresionante, lo admito... ¿Pero cuánto tiempo más seguirás observándome?" Su voz contenía una mezcla de cinismo y desdén, dirigida no a una persona en concreto, sino a la energía que emanaba del pequeño orbe que flotaba frente a él. El artefacto, aparentemente insignificante, se resistía levemente al control de Vergil, pero él seguía al mando.

"Cuando Azazel me lo entregó, pensé que era una locura. Una herramienta tan patética e inútil... una gema rara, pero brilla menos que todas las demás." Se burló de la esfera, manteniéndola levitando frente a él con un movimiento casi indiferente de su energía demoníaca.

"Emperatriz Dragón de Platino... Un título tan... extravagante, ¿no crees? Para una mujer que ni siquiera se atreve a mostrar su rostro". Se burló, como si la Emperatriz misma estuviera presente, respondiéndole. Tenía la mirada fija en la esfera, pero su mente estaba en otra parte, en un lugar donde aún no se habían formado las respuestas.





El orbe no respondió, pero su energía comenzó a latir de una forma peculiar, emitiendo un aura demoníaca que le resultó casi... familiar. Vergil arqueó una ceja, observando el movimiento dentro del artefacto.

"Parece que intentas salir de ahí, ¿eh, pequeña?" Murmuró, más por diversión que por otra cosa, mientras el orbe se retorció, liberando espirales de poder que parecían desgarrar el sello que lo mantenía atrapado. El esfuerzo fue impresionante, pero nada grandioso ni catastrófico. Era solo la energía del orbe intentando liberarse. Y Vergil, con una sonrisa traviesa, seguía observándolo con creciente interés.

"¿Quién, en realidad, tenía el poder suficiente para sellar a un dragón? ¿O mejor dicho... dos dragones?", reflexionó, entrecerrando los ojos. Sabía lo poderosa que era el alma de ese dragón, pero había algo más. Algo que aún no podía comprender del todo.

El orbe, aparentemente desesperado, seguía luchando contra el hechizo sellador. Su energía pulsaba con fuerza, pero no era suficiente para romper la prisión. Vergil, sin embargo, no parecía preocupado. En cambio, parecía fascinado, como si se le presentara una curiosidad intrigante, una oportunidad que tal vez mereciera ser explorada.

—Sí, parece que de verdad no quieres un amo, ¿eh? —dijo con voz suave, pero llena de malicia—. Entonces, ¿por qué debería importarme? Quizás... debería devorar este orbe.

Con una risa tenue y una sonrisa traviesa, Vergil extendió la mano y usó su energía demoníaca para recuperar el orbe. «Mi cuerpo y mi alma son uno, y si devoro este orbe... quizá pueda absorber el alma de un dragón...», se preguntó, intrigado por la posibilidad, mientras el orbe flotaba entre sus dedos, ahora completamente en sus manos.





La idea de devorar una entidad tan poderosa, de adquirir la esencia de un dragón, parecía irresistible. La fuerza que podía adquirir, la complejidad del alma que podía integrar... Era una tentación que encajaba a la perfección con su naturaleza.

Vergil oyó la voz de una mujer conocida, rompiendo el silencio que lo rodeaba. "¿Hablando solo?" La voz, cargada de sarcasmo, captó su atención de inmediato, y sus ojos brillaron con un destello de interés.

—Tardaste demasiado, Morgana —dijo Vergil con una sonrisa enigmática, con la anticipación evidente en su tono. Estaba allí, suspendido, esperando las explicaciones que ella daría, sin prisa, como si supiera que el momento finalmente había llegado.

Morgana apareció ante él con movimientos gráciles, con la mirada fija en él, pero con una expresión de leve indiferencia. Parecía serena, pero había una energía de cautela en su postura. «La Reina de las Brujas no es precisamente la más acogedora cuando un Rey Demonio exige que su nombre sea borrado de los Registros de la Humanidad», respondió con un ligero encogimiento de hombros, como si fuera una pequeña molestia en medio de algo mucho más complejo.



Vergil mantuvo su sonrisa, pero entrecerró los ojos; el momento que tanto había esperado finalmente se estaba desarrollando. "Pero al menos, lo logré", continuó Morgana, ahora con un dejo de satisfacción en la voz. "Tu vida anterior... la vida de Vergil Kennedy... será excluida de todos los registros. Vergil Kennedy ya no existe."

Vergil soltó una leve carcajada, y su expresión se tornó más seria al absorber la magnitud de lo que ella acababa de revelar. "¿Y quién, exactamente, recordará quién era yo antes?", preguntó con una calma desconcertante.



Morgana observó a Vergil por un momento, con una expresión de silenciosa curiosidad. «Nadie. Como si nunca hubieras existido. Todo rastro de tu existencia humana... borrado», respondió con una frialdad inquebrantable, como si hablara de un trabajo bien hecho, sin ninguna emoción.

Vergil, sin embargo, estaba más interesado en lo que vendría después. Morgana no lo hizo esperar mucho. "Ahora... ¿qué tal si le das una lección a ese tipo que te ha estado mirando un rato?", dijo con una sonrisa traviesa, señalando a lo lejos.

Virgilio siguió el movimiento del dedo de Morgana y, con curiosidad, fijó la vista en un hombre que flotaba en el aire, muy, muy lejos de donde estaban. Tenía dos alas negras, una marca característica de los ángeles caídos.

Vergil entrecerró los ojos y murmuró: «Ah... ángeles caídos». Su sonrisa juguetona se desvaneció rápidamente y, con un movimiento casi imperceptible, se acercó a Morgana, sujetándola por la cintura con sorprendente rapidez.



Morgana soltó un grito de sorpresa: "iKyaal!", al ser atraída repentinamente hacia él. Pero a Vergil no pareció importarle su reacción. Se concentró en la figura distante y, de un solo paso, desapareció.

Cuando Morgana recuperó la compostura y miró hacia donde había estado Vergil, este ya estaba de pie frente al ángel caído. En un abrir y cerrar de ojos, el espacio entre ellos se había aniquilado, y Vergil estaba allí, como si simplemente hubiera aparecido en el aire frente al hombre de las alas negras.

El ángel caído, sorprendido y visiblemente incómodo, retrocedió un paso, pero Vergil no le dio tiempo a reaccionar. Sonrió con un toque de diversión sádica en los labios.



JabraScan  
RexScan



Traducción : Leo

—Hola, ángel caído —dijo Vergil con una voz de una calma escalofriante—. ¿Qué tal si me dices para quién trabajas antes de que decida acabar con tu existencia? —Habló con una tranquilidad casi irritante, como si simplemente preguntara por el clima.

